

—¿Era bueno para usted?—volvió á preguntar Bibiana.

—Sí... nadie hubiera podido ser más bueno,—contestó el jovencito.—No recuerdo cuándo fuimos á América... no creo que tenía más de cinco años entonces.

—Es usted todo un joven viajero,—observó Bibiana.

—Sí... fui con un señor que siempre estaba leyendo y estudiando... que no parecía acordar que yo vivía siquiera. Solía mirarme con aire sorprendido y exclamar: "¡Oh... pequeño!" No recuerdo cómo pasé de él al tío Gerardo.

—¿Nunca le dijo su tío, nunca le habló de Inglaterra, de sus amigos... de su familia?

—No,—replicó Osvaldo;—nunca.

—Entonces,—pensó lady St. Just,—estoy enteramente segura; no hay peligro. Osvaldo no conoce ni de oídas á Lancewood; nada puede relacionar con él bajo ningún concepto. Aun cuando se sepa que tenía un "tío Gerardo," no le pensará que este tío que, según él, vivía en América, era el Gerardo Norman que vivía en Lancewood. Estoy segura; aquí no hay lazo de unión.

—Quiero ser muy buena con usted,—dijo en voz alta.—¿Cómo va usted de cuartos?

—¿Es usted pariente mía?—preguntó el niño curiosamente.—Porque es extraño, pero tengo así como una idea de que he oído su voz otra vez... me suena como música que hubiese oído sin recordar dónde... ¿Quiere usted descubrirse? Ese velo es tan espeso...

Bibiana vaciló un momento, y después pensó:—No hay peligro alguno... no sabe ni aun el nombre de Lancewood... no se acordará de mí. ¿Verme?—dijo en voz alta.—Sí, ciertamente... por cierto que no he sido muy cortés, hablando con usted tanto tiempo sin haberlo hecho.

Levantóse el velo y el muchacho contempló la ansiosa faz.

—Parece usted una pintura, Mrs. Smith!—dijo.—¿Acaso he soñado yo una cara semejante?

—¿Cómo podía ser eso posible?—preguntó ella.

—No lo sé,—dijo Osvaldo;—todos mis pensamientos son tan confusos, tan vagos, tan de como sueño... Ahora, contemplándola á usted... imagino que he visto una cara parecida.

—¿Dónde?—preguntó ella asaltada de súbito temor.

—No puedo decir dónde,—replicó riendo el niño.—Sólo recuerdo un paraje lleno de árboles, y un rostro como el suyo, que revelaba el pesar. No la recuerdo á usted cuando sonrío, pero sí cuando está seria.

—No he estado nunca en América,—observó ella evasivamente.

—Entonces es un sueño mío. Me alegro mucho de que me conozca usted, Mrs. Smith; es muy aburrido estar solo aquí. Quizás algún domingo, cuando no esté usted muy ocupada, querrá usted sacarme á paseo... No he salido desde que vine de Nueva York.

—¡Obre niño... pobre criatura!—murmuró Bibiana, sintiendo sus ojos humedecidos.

—Pronto será bastante crecido para salir solo,

—dijo Osvaldo orgullosamente.—¿Vendrá usted á verme pronto?

—Sí,—contestó ella;—todo lo más pronto que podré.

Inclinóse y besóle en la frente. El niño se puso encarnado.

—No recuerdo que nadie me haya besado nunca,—dijo.—Adiós, Mrs. Smith.

Y Bibiana salió del colegio perdida en un mar de encontrados sentimientos.

CAPITULO XXIV

Lady St. Just no podía borrar de su mente el recuerdo de su hermano. Había imaginado que, en viendo á Osvaldo, toda la intensidad de su pensamiento acerca de él desaparecería. Pero no fué así. Le tenía delante día y noche. El niño le había sido simpático. Era alto en demasía para su edad, de figura gentil y graciosa. La impresionaba, asimismo, el gran parecido que existía entre ellos. Tenía los ojos y los cabellos de Valeria, pero la frente y la boca de los Neslie.

Bibiana era la tierna y amante disposición, y pensó mucho en aquella criatura, sola en el mundo, sin tener nadie que la visitase, ni le atendiese, desolado.

—Le he arrebatado hogar, madre y amigos,—pensó.—Es necesario que le compense por todo... que lo sea todo para él.

Pero el conocimiento de la diferencia entre su posición como heredero de Lancewood y como un desconocido colegial, era muy grande. Impuso silencio á los impulsos de su corazón con mano férrea; no quería oír nada. Lo hacía por bien; él hubiera arruinado á Lancewood.

Encontró su primera visita al colegio tan sumamente fácil, que las fué repitiendo cada vez con menos precauciones. Llevóle á Osvaldo los objetos pedidos; le dió dinero; satisfizo todos los deseos del niño.

—Es usted muy buena para mí, Mrs. Smith,—solía decir Osvaldo;—¿qué podré yo darle á usted á mi vez? ¿Todo esto es por mi madre?

—No... ahora lo hago por usted solo,—contestaba ella.

El muchacho notó que su amiga vacilaba siempre antes de pronunciar su nombre, como si encontrase alguna dificultad.

—¿No le gusta á usted mi nombre?—le preguntó un día.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó ella á su vez.

—Porque se detiene usted antes de decirlo. Si es así, llámeme cualquier otra cosa.

Bibiana sintió el impulso de llamarle Osvaldo, pero tuvo que reprimirlo.

—¿Me sacará usted un día á paseo?—le preguntó en otra ocasión.

—Por ahora no,—contestó ella.—Pero tendrá usted una temporada de vacaciones... á un puerto de mar; sólo que habrá que esperar un poco.

Había pensado que sería imprudente sacar al niño; podía encontrarse con alguien que le reco-

nociera, y entonces le harían embarazosas preguntas. Además, se le parecía tanto, que no se atrevía á salir con él. En el parecido no había equivocación; no era posible que pasase inadvertido.

Otro pensamiento le ocurrió después. ¿Qué sería de Osvaldo? ¿Tenía algún fondo colocado á su favor? ¿O, terminado el trimestre, el Dr. Lester le pondría en el arroyo? En conciencia y en honor, ella debía cuidarse de su porvenir, y así quería hacerlo. Hubiera querido partir su fortuna con él, dárselo todo; todo, menos Lancewood.

Meditó acerca de esto larga y ansiosamente. No tenía la intención de ser imprudente; quizás la aparente inmunidad de todo peligro la hiciera temeraria. Resolvió hablar con el Dr. Lester. Entre el número de personas que el director veía diariamente, difícilmente podría recordar á Mrs. Smith.

El Dr. Lester había llegado á sentir curiosidad por conocer á la persona que visitaba á Enrique Norman. En realidad, el mismo Enrique era un motivo de meditación para él. El niño había sido llevado allí hacía un año por un Mr. Norman, que acababa de llegar de América. Mr. Norman se informó minuciosamente acerca de la casa, y le dijo al director que estaba enfermo, y que probablemente marcharía de nuevo al extranjero. Pidió el que se le permitiesen pagar cinco años adelantados, diciendo que, según donde estuviese, le sería difícil remitir fondos. Asimismo dejó consignada una cierta suma para los gastos particulares del niño.

—Sí,—añadió,—algo me ocurriese y el niño es inteligente, puede usted tenerle de pasante algún tiempo, cuando termine sus estudios, y después que luche por la vida.

El doctor le había hecho una ó dos preguntas acerca del niño, pero Gerardo las había evadido, de modo que no conocía nada de sus padres ni parientes. Habiendo oído que una hermosa dama, que se decía amiga de su madre, venía á ver con frecuencia al muchacho y le traía hermosos regalos, sintió despertarse su curiosidad.

El Dr. Lester era una capacidad científica. Se le conocía y apreciaba y tenía muy poco tiempo disponible. Más de una vez lady St. Just indicó su deseo de verle; pero sin poder conseguirlo.

Una mañana se encaminó á Hammersmith. Llevaba algunos libros que Osvaldo le había pedido. Al tiempo que salía, el Dr. Lester, con otro caballero, entraba en el colegio. La miró un momento, y luego preguntó á un criado que acudió á la puerta:

—¿A quién viene á ve resta señora?

—Al señorito Norman,—fué la respuesta.

—¿Qué error ha cometido alguno de ustedes?—dijo.—Me habían dicho que era una Mrs. Smith la que visitaba al joven Norman... y esa dama es lady Neslie. Precisamente hoy mismo he de avistarme con su esposo. Norman debe ser hijo de algún pariente pobre... seguramente.

Si Bibiana hubiese salido del colegio tres minutos antes ó tres minutos después, hubiera evitado aquel encuentro, y quizás sus consecuencias. El doctor no vió nada de extraño en aquellas

visitas. Tenía cierta admiración por Enrique Nor- doctor Lester sentía asimismo gran admiración por Adrián St. Just; le consideraba como uno de los hombres de estado más hábiles de Inglaterra. Le veía con frecuencia y se profesaban mutuo respeto. Aquel día tuvo lugar una conferencia científica y lord St. Just felicitó al doctor por su hermoso discurso. Hablaron de varias cosas y después el doctor dijo:

—Me alegro mucho de tener en casa un protegido de ustedes, milord; es un muchacho inteligente y adelanta mucho.

Al principio, lord St. Just creyó que el doctor se bromeaba ó que hacía alguna alusión política.

—No comprendo lo que quiere usted decir... —Digo, milord, que celebro tener en mi colegio á su joven protegido.

—Me avergüenzo de confesar, doctor,—dijo lord St. Just riendo,—que creo no tener protegido alguno, al menos en el sentido que usted indica.

—Evidentemente un pariente pobre,—pensó el doctor.—Pues creí que era un protegido,—añadió en voz alta.—¿Quizás algún pariente lejano, milord? Será un hombre de provecho algún día.

—Mi querido doctor,—replicó Adrián,—va usted á juzgarme muy obtuso, pero no tengo la menor idea de lo que quiere usted decirme.

—Hablabas del joven Norman,—dijo el doctor.—¿Norman?—exclamó milord.—Pero si ha muerto! Yo asistí á sus funerales el otro día.

—Ese es el tío... yo hablo del sobrino.

—No hay tal sobrino. Le oi decir á mi esposa que no eran más que dos hermanos. El mayor es un sabio, que está de bibliotecario, creo que en Francia... y el otro murió y yo le acompaño al cementerio.

—En mi colegio hay un joven Norman, milord... un muchacho inteligente y guapo. Lady St. Just viene á verle con frecuencia.

Milord le miró vivamente.

—¿Cómo!—exclamó.—¿Quiere usted decir que mi esposa, lady St. Just, va al colegio? Indudablemente está usted equivocado.

—Creo que no,—replicó el doctor Lester.—Vá á lady St. Just en la Sociedad Real... y su rostro no es de los que se olvidan fácilmente.

—Le aseguro á usted,—dijo lord St. Just, seriamente,—que está usted en un profundo error, doctor. ¿Lady St. Just en Hammersmith! Me lo hubiera dicho.

—Quiera Dios,—pensó el doctor,—que no haya yo cometido una imprudencia. Quizás milady deseara que su marido lo ignorase; si es así, la he descubierto.

De pronto se le ocurrió que era muy posible que lady St. Just, no queriendo ser conocida, hubiese tomado el nombre de Mrs. Smith. Y le chocó asimismo, al pensar en ello, que todas sus visitas revistiesen cierto viso de misterio. ¿Qué imprudencia había cometido? El doctor no sabía qué camino tomar.

—Quizás me haya equivocado,—acabó por decir,—en esto de identidades jamás puede estar uno demasiado seguro. Sólo vi un momento á la

señora y me pareció reconocer á lady St. Just.

—Creo que no,—dijo lord St. Just algo fríamente;—no es probable que mi mujer visitase su colegio, ú otro cualquier sitio, sin decírmelo.

—Pues así me he equivocado,—declaró el doctor.

Pero milord le vió ansioso por borrar el efecto de sus palabras, y esto le enojó todavía más.

—Se ha de ser muy cuidadoso,—dijo,—en hacer afirmaciones de cierta índole.

Y el doctor vió que sus maneras eran inusualmente frías hacia él. Miróle gravemente.

—Milord,—dijo,—con toda probabilidad me he equivocado. Trató pocas señoras y no soy gran economista. ¿Quiere usted concederme su favor?

—Con mucho gusto,—replicó lord Adrián con su habitual cortesanía.—Me honra usted mucho con ello.

—Como debo haber cometido un grosero error puedo pedirle que no mencione usted á lady St. Just lo que le he dicho?

Adrián sonrió.

—¿Qué importa,—dijo,—que lo sepa ó no lo sepa?

—Sin embargo, se lo agradecería á usted mucho,—insistió el doctor.

—Entonces, le prometo á usted que no diré una palabra á lady St. Just. ¿Está usted satisfecho, doctor?

—Sí,—contestó éste.—Milady hubiera podido pensar que me había tomado una libertad con su nombre.

Se separaron momentos después, ambos inquietos. Cuando el doctor llegó á casa, lo primero que hizo fué llamar al joven Norman á su despacho. Le hizo toda clase de preguntas acerca de la dama que iba á visitarle. El niño le aseguró que se trataba de Mrs. Smith.

—¿No conoce usted á lady St. Just?—preguntó el doctor.

El niño se echó á reír.

—Ni aun creo haber visto á una lady... es decir, á la esposa de un lord... en toda mi vida,—contestó.

Y el doctor se encontró más desorientado que nunca. Cuanto más pensaba en ello, más seguro se sentía de que la bella dama que había visto no era ni más ni menos que lady St. Just.

—Tan sólo espero,—dijo,—no haber hecho una necedad. Pero una cosa es clara... que su marido ignora los motivos que la traen aquí.

CAPITULO XXV

Lord St. Just resolvió poner en claro aquel misterio. Le repugnaba poner asechanzas á su mujer; pero ¿cómo salvarla de algún peligro que podía manchar su reputación? Fingió salir una mañana, y se mantuvo en los alrededores de la casa. Vióla salir con extrema sencillez y desaparecer velozmente tras una esquina.

Volvió á casa, mandó enganchar y se dirigió á Hammersmith. Llegado frente al colegio, lord St. Just vió que no se había equivocado en sus conclusiones; un coche de punto estaba frente á la

puerta, y tuvo la seguridad de que su mujer lo había utilizado.

Preguntó si el director estaba en casa, y el criado contestóle que llegaría de un momento á otro.

—Le esperaré,—dijo lord St. Just.

—El recibidor está ocupado,—observó el sirviente.—¿Quiere usted venir por aquí, milord?

Entonces cometió lord St. Just su primera falsería.

—Sí,—dijo apresuradamente,—que en el recibidor hay una señora con un colega.

—Sí,—fué la respuesta.—Mrs. Smith y el señorito Norman. ¿Desea usted verlos milord?

—Viene con nombre supuesto,—pensó Adrián vivamente.—Mi mujer, mi orgullosa Bibiana tomar un nombre falso! ¿Qué significa esto?

Oyó el sonido de una voz rica, clara y dulce, vibrando con emoción. Reconoció la voz de Bibiana.

—Está bien,—dijo al criado;—no necesita usted anunciarme. Esa señora me... me esperaba aquí.

Contento por volver á su periódico, el criado dirigióse á su banco, mientras lord St. Just abría la puerta y penetraba en el recibidor. Sus ojos cayeron primero sobre el rostro de su mujer; y orgulloso, noble y bello como era, él leyó la culpa allí, culpa que la hacía humillarse y temblar ante él. Sus miradas se encontraron. Ella se puso de pie, alta, majestuosa, retadora; descolorido el rostro, sesgada la boca; una fiera luz, como él no le había visto jamás, brillaba en sus ojos. Retrocedió, como si sintiera impulsos de huir, y luego, con ligero grito, se encará con Adrián.

—Adrián!—exclamó.—¿Qué te trae aquí?

Milord había pensado hablar festivamente, pero la agitación de su mujer le alarmó. ¿Qué significaba aquella expresión de reto, y, sin embargo, de temor á la vez, la culpabilidad en el noble rostro? Aparecía como si algo temido hubiese llegado por fin. Esto fué lo que él vió primero; después sus miradas se volvieron al hermoso, arrogante adolescente que estaba junto á su mujer, un niño, ¡gran Dios!, con el rostro de Bibiana, tan parecidos que no lo hubieran podido ser más madre ó hijo.

Lanzó un grito; un grito corto, desesperado; por un momento el temor y la pena le pusieron fuera de sí; después asió la muñeca de su mujer con mano crispada, mientras con la otra señalaba á Osvaldo.

—En nombre de Dios, Bibiana, dime quién es este muchacho!

Notó que ella trataba de hablar, pero las palabras expiraron en sus labios.

—¿Quién es este niño?—repitió con tono airado y áspero.

Tampoco pudo contestar, y el niño se adelantó, saliendo en defensa de su amiga.

—Caballero,—dijo,—yo mismo puedo decirle á usted quién soy: me llamo Enrique Norman.

—No lo creo,—exclamó lord St. Just.

—Soy Enrique Norman, y esta señora viene á verme algunas veces. Conocía á mi madre, señor, y es muy buena para mí. Es la única amiga que

tengo en el mundo desde que murió el tío Gerardo. ¿Le sabe á usted mal que venga?

—¿Quién es este niño?—repitió lord St. Just mirando duramente á su mujer.

—Ya le he dicho á usted quién soy: si lo duda usted, déjeme que vaya en busca de Mr. Hardman. Le suplico que no se enfade con mi buena amiga.

—Bibiana, estoy esperando tu respuesta,—dijo lord St. Just.—¿Quién es este niño, y por qué causa vienes á verme?

Bibiana había conseguido serenarse, y un débil color volvió á sus pálidas mejillas.

—Pregúntaselo á él, Adrián,—dijo altivamente;—no estoy acostumbrada á semejante tono.

—Ya se lo he dicho á usted, caballero,—replicó Osvaldo con impaciencia.—No sé gran cosa de lo mío; pero soy Enrique Norman, sobrino de Mr. Norman, que murió hace un mes, y que me trajo de América para ponerme aquí.

—¿De América?—repitió lord St. Just.—¿Vino usted de América?

—Sí, con mi tío; y esta señora que era amiga de mi madre, viene á verme. ¿Por qué se ha de enfadar usted con ella?

Lord St. Just parecía confuso, desorientado: miraba de uno á otro; la semejanza entre aquellos rostros era maravillosa.

—¿Y cómo se llama esta señora... esta amiga de su madre?

Y el niño contestó pronto:

—Mrs. Smith.

—Puedes explicarme esto, Bibiana?—preguntó milord.

—No tengo explicaciones que ofrecer,—replicó ella altivamente.—Pregúntale al niño, no á mí.

Lord St. Just volvió su pálido, admirado rostro al niño.

—¿Es usted sobrino de Mr. Norman, que fué secretario de sir Arturo Neslie, de Lancewood?—dijo.

Una ansiosa expresión se pintó en el rostro del colegial.

—¿Cómo ha dicho usted, señor?

—Lancewood,—repitió el par.

—Lancewood!—dijo el niño firmemente.—

¿Cómo... si yo creo que he soñado ese nombre... creo que oído... ese nombre en alguna parte! Lancewood... Lancewood... ¡cuán familiar suena!

—¿Es usted sobrino de ese mismo Mr. Norman?—preguntó lord St. Just.

—¿Quiere usted esperar un poco, señor? Si existen campanas de la memoria, usted las ha echado todas al vuelo, y su sonido dice: "Lancewood." Sí, ese nombre trae una pintura á mis ojos!

—¿Qué pintura?—preguntó milord algo interesado.

—La pintura de una ancha terraza, con rosales y pasionarias trepando por la balaustrada... y un negro bosque allá á lo lejos. Lo he soñado... yo tengo extraños sueños. No puedo decir si mi tío ha vivido en Lancewood... jamás le he oído hablar de Inglaterra.

Lord St. Just, su esposa, y Enrique Norman, se miraron un momento en silencio. La descripción de la terraza y el lejano bosque había llamado de asombro á los oyentes. Un fuerte campanillazo interrumpió la embarazosa escena.

—Ese es el director,—dijo el muchacho.—Le conozco en su manera de llamar. ¿Quiere usted que le traiga? El le dirá á usted quién soy.

—No,—replicó lord St. Just vivamente.

Fuese el misterio... el secreto... lo que quisiera, no quería dar pie á un escándalo; ampararía á su mujer hasta su último aliento.

—No, no es necesario,—continuó.—Yo he venido para ver al doctor y acompañar á esta señora á casa. Volveré otro día... se está haciendo tarde.

—¿Volverá usted?—dijo Osvaldo en tono suplicante á Bibiana.

—Sí,—contestó ella con desfallecimiento;—siempre seré su amiga. Volveré.

Lord St. Just vió que el niño presentaba sus mejillas, como si Bibiana tuviese el hábito de besarle. No podía decir por qué, pero esta acción hizo arder la sangre en sus venas.

—¿Estás ya, Bibiana?—dijo.—Tenemos el carruaje á la puerta... despediremos al do punto.

—¿Me has seguido?—preguntó ella.

Y su marido jamás había oído tanta dureza en su voz.

—Sí... y te seguiré á donde quiera que sea, Bibiana, aun al fin del mundo, siempre que pueda serle útil.

Instalóla en el carruaje, la adorada esposa de quien se sentía tan orgulloso; la miró con indescriptible angustia en su rostro. Recordó que aquella ligera escena podía hacer nacer comentarios; era preciso que la salvase de ellos.

—Vine aquí para tratar de un asunto privado con el doctor, Bibiana,—dijo.—Volveré dentro de un momento si no tienes inconveniente en esperarme.

—¿No harás mención de lo ocurrido?—preguntó ella con voz enronquecida que no parecía la suya.

—Nunca,—dijo él.

Y Bibiana tuvo entera confianza.

Entró de nuevo en la casa y preguntó por el doctor. Este le acogió calurosamente. De primeras hablóle del supuesto asunto que le traía, y después, tratando de hablar con indiferencia, como cosa fuera de mano, dijo:

—Ah!... Pues tenía usted mucha razón, doctor... lady St. Just tiene aquí un protegido... Enrique Norman. El tío de este niño era un dependiente y leal amigo de la familia, y mi mujer había conocido á su madre.

—Así suponía yo,—replicó el doctor.

Lord St. Just continuó:

—Lady St. Just no deseaba que su nombre fuese conocido... para evitarse ruidos y ceremonias... y se le ocurrió llamarse Mrs. Smith. ¡Lo que yo me he reído! No he visto mujer más contraria de las ceremonias...

El doctor pareció aceptar esta explicación con entera buena fe; en realidad se dijo que era un extraño asunto. Lord St. Just prosiguió:

—Como mi mujer venía hoy, pensé que podía aprovechar la ocasión para tratar con usted de aquellos telescopios... y luego acompañarla a casa.

Las dudas y sospechas del doctor casi se extinguieron ante lo natural del hecho. Si su marido sabía que venía, si sabía que se llamaba ó hacía llamar Mrs. Smith, y tenían que regresar juntos a casa, no había aquí secreto ni misterio. —Mi mujer está en el carruaje, doctor. ¿Quiere usted saludarla?

—Con placer inmenso,—dijo el doctor Lester. Y, siguiendo a lord St. Just, vio a una mujer pálida como el pétalo de un jazmín. Adrián hizo la presentación en breves frases. Ella le saludó del modo más gracioso.

—Me son conocidos su nombre y su fama, doctor Lester,—dijo con la cortesía que le era peculiar.—Tendré sumo placer en verle a usted por Harley House... ya ha visto usted cómo he estado haciendo la máscara algún tiempo.

El doctor se echó a reír, sencillamente porque no supo qué decir.

—Conocí mucho a la madre del joven Norman,—continuó Bibiana,—y su tío fué un fiel amigo de mi padre. He venido a verle muchas veces... pero sólo me conocía como Mrs. Smith. No he querido decirle mi verdadero nombre... me molestan las ceremonias.

Entonces, con distinguida gracia que disimulaba toda la angustia de su corazón, lord St. Just tomó parte en la conversación, y momentos después retiróse el doctor y el carruaje se puso en movimiento.

—Y ahora,—dijo el doctor sentándose frente a su escritorio,—es de desear que las cosas marchen tan bien como parecen. Milady ha sonreído y milord bromeado; pero ella estaba pálida y sus manos temblaban. ¡Doy gracias a Dios por haberme mantenido soltero! No puede haber paz ni seguridad allí donde haya una mujer. ¡Gran Dios!—exclamó como asaltado de una idea repentina;—¿cuánto parecido entre milady y el joven Norman! Ahora que pienso en ello, no recuerdo haber visto parecido más admirable... la misma boca... la misma barbilla... y su tío era secretario del padre de milady. Ese niño tiene toda su cara. ¡Dios me libre de un mal pensamiento... quiero permanecer en paz con todo el género humano! Me alegro mucho, no obstante de no haber tenido la tentación del matrimonio. No sé por qué, tengo la idea de que todo este asunto va a terminar de una manera no muy agradable.

Así musitaba el bueno del doctor, mientras el carruaje conducía a lord y lady St. Just, atravesando calles impregnadas de una profunda nostalgia, sentados el uno junto al otro, y extraños el uno al otro por la primera vez.

Adrián pensaba cuando la vio primero, derramando apasionadas lágrimas en un bosque de rosas. Pensó de su negativa a casarse con él mientras Lancewood estuviese en manos de los que lo deshonraban; de su negativa después, cuando ya Lancewood era suyo; de su súbita determinación en darle su mano. Volvieron entonces a su

memoria ciertos hechos; una cierta convicción de que en la vida de su mujer había un misterio que ella le había ocultado; pero que ahora, a toda costa, él trataría de poner en claro.

Adrián no despegó los labios durante el camino, en tanto que ella se prometía aceptar primeramente la muerte que descubriera su secreto; todo, antes que ceder Lancewood a Osvaldo.

CAPITULO XXVI

Pero no fué así: Bibiana, viéndose infeliz, miró por su marido le hizo plena confesión de su pecado. Lord St. Just no vaciló: era preciso reintegrar a Osvaldo en la herencia de su padre. Pero hombre prudente, quiso primero conocer el verdadero carácter del niño, y con este objeto, le llevó a pasar las vacaciones en Lancewood. Transcurridas se notificó su aparición a Valerín y se le repondría en su lugar.

Bibiana y su esposo estaban paseando bajo la sombra de un grupo de castaños. El día era caluroso y bello; el cielo azul, sin nubes; los pájaros cantaban alegremente, y el aire estaba saturado con el aroma de las flores. A lo lejos, donde el terreno descendía, se deslizaba el claro y profundo río; las ondas se deslizaban con audible murmullo, pero su corriente era terrible y peligrosa.

—Cuán hermoso está hoy el río!—dijo lord St. Just.—Bibiana, hemos de encargarnos una nueva lancha... la que tenemos, no sólo es fea, sino poco segura. ¡Ah... ahí vienen los niños!

Pero sólo dos de ellos, Osvaldo y el pequeño Arturo. Francisco había rehusado con gran ligereza separarse del aya. Lord St. Just se echó a reír estrepitosamente, pues Osvaldo se había enjaezado, y Arturo cabalgaba en sus hombros, alegre, y haciendo restallar su latiguillo.

—Mira qué caballo, mamá!—dijo el pequeño, excitado por el ejercicio, sus negros rizos flotando al viento.

Estaba tan lindo, que lady St. Just le tomó en sus brazos y le cubrió de besos.

—No me detengas, mamá... mira mi caballo!—exclamó el niño.

—Ten cuidado, Enrique,—dijo Bibiana;—es demasiado pequeño... no vayáis a daros un mal golpe. ¡Qué hermoso es!—dijo volviéndose a su marido.—Y qué extraño sería, después de todo, que Osvaldo le dejase Lancewood!

—Osvaldo se casará,—dijo lord St. Just.—Tenemos bastante para nuestros hijos... no necesitamos lo suyo.

Ambos recordaron después estas palabras. Contemplaron a los niños hasta que desaparecieron detrás de los árboles.

—Espero que no irán a la orilla del río,—dijo lord St. Just.

—No,—dijo su mujer.—Osvaldo es juicioso.

Y después, con el sol brillando sobre ellos, el gorjeo de los pájaros en sus oídos, rodeados del dulce perfume de las flores, entraron en casa.

Durante algunas horas, en aquella brillante mañana, nadie sospechó nada malo. Lord St. Just recorrió a caballo parte de la finca, examinando algunos trabajos que le interesaban; Bibiana tenía que redactar algunas invitaciones; los criados estaban en su quehaceres. Nadie pensó en demasia sobre la ausencia de los niños.

Lady St. Just estaba más pensativa que de costumbre aquel día, pues al entrar en casa, su marido le había dicho que se acercaba el momento de revelarle a Osvaldo su historia. Pensaba profundamente en todo lo que seguiría a esta revelación.

La primera persona que sospechó de una desgracia, fué uno de los jardineros, que, pasando por el río, vio la lancha flotando junto al borde, con la quilla vuelta. Se preguntó lo que podía significar, y yendo al embarcadero, echó de menos la lancha y los remos.

—Alguna travesura,—dijo.

Pero después comenzó a sentirse inquieto. Lord St. Just había prohibido que nadie tocara la lancha, y si la veía, se enojaría. Además, ¿quién la había varado? Ninguno de los criados; se hubiesen guardado muy bien. Lord St. Just, seguramente no había sido él, ni los niños tampoco.

Apresuró el meso viendo a lord St. Just que adelantaba a caballo.

—Milord,—dijo,—la lancha está en la orilla del río, con la quilla vuelta.

Milord pareció contrariado; no le gustaba que desobedeciesen sus órdenes.

—¿Quién ha sido, Simón? La lancha no es segura,—dijo.

—No puedo decir quién la ha tocado, milord... no sé quien se habrá atrevido. Faltan también los remos.

Lord St. Just espoleó al caballo y se dirigió a la orilla del río. En efecto, la lancha flotaba con la quilla al aire.

Adrián pareció confuso. ¿Quién había utilizado la lancha después de su terminante prohibición? Esperó a que llegase el jardinero.

—¿No tiene usted idea,—dijo,—de quién habrá sido?

El hombre contestó negativamente. De pronto miró a su amo.

—¿No es probable que haya sido el señorito que ha venido a pasar las vacaciones, milord?—dijo.—Quizás no supiese de la prohibición...

—No, no se lo he advertido,—dijo milord, sintiéndose alarmado.

—Pues quizás haya sido él, milord... y al saltar se le habrá volcado. Pero, ¿dónde están los remos?

Lord St. Just se apoyó un momento en la grupa del caballo. Se sintió desfallecer, asaltado por súbito temor.

—Vaya usted a casa y pregunte si... pero no téngame usted el caballo; yo iré. ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Y sólo Dios sabe cómo llegó a casa. El criado que abrió la puerta le miró sorprendido. Lord St. Just se llevó un dedo a sus labios.

—¿Dónde está milady?—preguntó en voz baja.

—En su habitación, milord,—fué la respuesta.

—No le digan ustedes que he vuelto,—recomendó.

Y corrió hacia el aposento de los niños. ¿Qué era aquel horrible temor que pasaba sobre su ser, que estrujaba su corazón como con mano de hierro, que detenía su respiración; aquel terrible, espantoso temor? Gruesas gotas de sudor frío bañaban su frente. Hombre enérgico como era, se quedó con el picaporte en la mano, no atreviéndose a levantarlo; después trató de tranquilizarse.

—¿Qué loco soy!—pensó.—Deben estar aquí dentro tan buenos y tan sanos. ¡Dios tenga misericordia de mí!

Entró en la habitación. Francisco jugaba solo y el aya cosía junto a la ventana. El niño corrió a él y le abrazó las rodillas.

—Pepe,—dijo,—he reñido con Arturo y con Osvaldo. Yo quería jugar a pelota y no han consentido.

—¿Por el cielo, silencio, hijo mío!—dijo lord St. Just.

Trató de dominar la horrible emoción que iba dominándole.

—Ama,—dijo,—¿dónde están el señorito Enrique y... y el señorito Arturo?

La mujer le miró con plácida sonrisa.

—Están jugando en el parque, milord. El señorito Norman se llevó al niño hace horas.

—¿Y no ha vuelto aún?—preguntó milord con voz enronquecida.

—No, milord,—fué la quieta réplica.—aun no.

—No le diga usted a lady St. Just que he estado aquí,—dijo al salir de la habitación.

Corrió a la orilla del río. Dos ó tres trabajadores se habían reunido allí. Se miraron con expresión desconcertada, y uno de ellos, acercándose, le dijo:

—Tememos, milord, que haya ocurrido una desgracia en el río. Los remos han sido recogidos bajo el puente de Herton... son los de la lancha... y milord...

El doméstico titubeó.

—Continúe usted,—dijo lord St. Just.

—Milord, uno de los guardias dice que vio una lancha en el río... nuestra lancha... en el río, hace más de una hora, y dentro iban dos niños.

Retrocedieron al oír el espantoso grito que se escapó de los labios de milord, el cual cayó al suelo como herido por un rayo; antes de que acudiesen a levantarlo, lo hizo él, gritando salvajemente:

—¡Las dragas... id por las dragas! ¡Pero silencio, amigos... esto podía matar a milady!

En el rápido, claro y profundo río, con sus mimbres y espadañas, con sus nenúfares a flor de agua, y los sauces inclinándose sobre él; en el risueño, brillante río, reflejaba la luz en aquel momento, y su ondas tomaban tintes de oro.

Los hombres echaron la draga, a presencia del aterrado padre, cuyo rostro se levantaba silencioso al cielo.

Media hora después se encontró lo que busca-

ba; indudablemente el sol no había alumbrado jamás espectáculo más triste; el cadáver de Arturo abrazado al de Osvaldo.

Fueron colocados en la orilla, donde lord St. Just, casi frenético, trataba de volverlos á la vida.

—Es inútil, milord,—dijo uno de los hombres, emocionado;—inútil del todo. . . Hace mucho rato que están muertos.

¡Muerto el hermoso adolescente á quien iba á restituir su herencia antes de una semana! ¡Muerto el niño encantador que no hacía mucho había alegrado el parque con sus risas! Las sonrosadas piernecitas estaban inmóviles, los relucientes rizos mojados, cerrados los rientes ojos, descoloridos y yertos los dulces labios. ¡Era terrible pensar que aquel enserpecito inerte fuera el de su adorado niño! ¡Si el sol quisiera dejar de lucir!

Tomóle en brazos, le prodigó los más tiernos epítetos y con toda la pasión de amor de un hombre y toda la pena, besó la inerte faz. Abrió los fríos labios y trató de soplar en su boca; todo era en vano, y dejó al niño lanzando un grito que no olvidaron nunca los que le oyeron.

Después echó una mirada en torno suyo.

—¿Quiere decirme alguno de vosotros, padres y esposos que sois, cómo de comunico esta noticia á mi mujer?

Y había que comunicarla. Al entrar Adrián en el aposento de Bibiana, ésta vió algo en su rostro que la hizo ponerse de pie y exclamar:

—¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido?

El la tendió los brazos y la estrechó contra su corazón.

—Adorada mía,—sollozó,—ha ocurrido lo peor que podía ocurrirnos. . . lo peor!

—¿Es Arturo?—preguntó, yendo sus pensamientos al objeto de su preferente cariño.—¿Es Arturo, Adrián?

Estrechándola con más fuerza contra su pecho, lord St. Just le dijo la horrible verdad.

Bibiana no se desmayó ni lanzó un grito; ni siquiera tambaleó. Una espantosa calma se apoderó de ella; levantó hacia él su rostro, que su marido no olvidó jamás.

—Adrián,—dijo en tono lento y mesurado,—castigo de Dios á mi pecado. Han muerto los dos, me dices. . . el niño á quien despojé y mi hijo. . . el que quería poner en su lugar. Han muerto abrazados, bajo la cruel onda. . . mi amado niño y el que quise despojar. . . ¿Estás seguro de que han muerto? La luz se ha extinguido en los ojos de mi adorado y se han cerrado sus labios para siempre. ¿Y Osvaldo le tenía estrechado entre sus brazos? ¡Castigo de Dios! ¡Oh, justo cielo, permitidme que muera!

Lord St. Just casi bendijo el estupor que se apoderó de su mujer.

Muchos días y muchas noches, muchas semanas, pasaron antes de que lady St. Just se diese cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

No le era posible formarse una idea cabal de cómo el accidente había ocurrido. Lo más razonable era suponer que Osvaldo había descubierto el embarcadero, y, viendo la lancha, resolvió utilizarla. Sabía bogar; fué una de las cosas que Ge-

rardo Norman le había enseñado. Debió invitar al pequeño á dar un paseo, y Arturo, desconociendo el peligro, aceptaría gustoso.

Debieron navegar hasta que la lancha se llenó de agua, ó—esto parecía lo más probable—el pequeño debió abalanzarse para coger un lirio de agua, y al brusco movimiento se volcó la débil embarcación, y el mayor, cuidándose de salvarle, le tomó en sus brazos, pereciendo ambos.

Aquellos dos seres tan estrechamente unidos en muerte, fueron enterrados juntos mientras la desventurada madre luchaba con la muerte.

Al recobrar lady St. Just la salud, se convino en que no había necesidad de publicar el secreto, ni revelar quién fuese el que trató de salvar á su hijo de morir ahogado, pereciendo con él; que no había necesidad de hablar del pecado de su vida.

Lo que Bibiana sufrió durante su enfermedad fué cosa tan sólo sabida de Dios y de ella. Recobróse por fin, y andando el tiempo Dios le concedió un nuevo hijo; pero Bibiana no prodigó sobre ningún hijo el apasionado amor que sintió por Arturo. Cuatro años después de la catástrofe nació el hijo de que hemos hablado, y se le llamó Adrián, como su padre. Adrián Neslie de Lancewood. Pero Bibiana jamás habló de su título. No fué como el otro, un ídolo á quien adorar; pero en las noches estivales, cuando discurría por las orillas del río, rogaba al cielo que le hiciese un buen hombre y le librase del pecado.

No volvió á ser la misma nunca. Se recobró de su larga enfermedad, volvió á ocupar su lugar en el mundo, cumplía todos sus deberes, era un modelo de esposas, una verdadera dama, una verdadera madre; pero no volvió á ser lo que era.

Con el transcurso de los años, lord St. Just casi olvidó la tragedia. Era uno de los hombres más populares de Inglaterra, y su mayor complacencia era que ricos y pobres, grandes y pequeños, altos y bajos, estaban de acuerdo en ensalzar y bendecir á su esposa. Todos dicen que su caridad no tiene límites, que su bondad no encuentra igual.

—¿En qué piensas, Bibiana?—le preguntó un día su marido, mucho tiempo después de estos acontecimientos.

Ella le miró entre seriente y melancólica.

—Pensaba,—dijo con lentitud,—en lo extraño de que Osvaldo, á quien dimos por ahogado en el río primeramente, acabase por ahogarse de veras en el mismo río.

—Procura olvidar eso,—dijo lord St. Just, no sabiendo qué consuelo prodigarla.

¿Olvidó Bibiana? Las gentes dicen que debe de ser feliz. Tiene un marido amante y adorados hijos. Ocupa una posición envidiable; es querida de todos. Pero en su hechicero rostro se lee toda una historia: la historia de un orgullo mal entendido.

FIN